

Excelencia de la oración del Santo Rosario

El día 7 de octubre la Iglesia solemniza la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. A esta devoción también le está consagrado todo el mes de octubre, por voluntad expresa de la Iglesia, especialmente de León XIII y de los Papas que lo han seguido.

Es de notar el hincapié que en la Iglesia se ha hecho siempre en esta devoción, al igual que en la devoción a la santa Misa. Podríamos decir que en estas dos devociones se cumple, en cierto modo, el sueño de San Juan Bosco sobre las dos columnas. Vio el santo cómo la Iglesia católica, bajo la figura de un bajel gobernado por el Papa, era atacada por lanchas innumerables en medio de un mar embravecido, y cómo parecían obtener la victoria sobre la Iglesia cuando, de repente, emergieron del mar dos enormes columnas, una con la figura de la Eucaristía en su cúspide, otra con la de la Santísima Virgen. El Papa, entonces, mandó que el bajel fuera conducido hacia estas dos columnas, y llegado a ellas amarró a ellas la Iglesia; y al punto los enemigos que la combatían se fueron a pique, y se hizo en el mar una gran bonanza.

Podríamos preguntarnos por qué una devoción en apariencia tan sencilla, incluso despreciable, tiene tanto poder ante Dios y ante la Virgen, de modo que a ella hayan vinculado la mayor parte de los bienes espirituales y temporales que nosotros necesitamos obtener de Dios. ¿Cómo puede ser que ahí se encierre la solución a todos los problemas del mundo? Para mejor entenderlo, expongamos tres excelencias de esta práctica: la de su origen, la de su misma naturaleza, la que viene de sus frutos.

1º Excelencia del Rosario por su origen.

Cuando se quiere encomiar la excelencia de una cosa, se comienza considerando su origen. En el Rosario, este origen es totalmente divino y celestial.

1º Si bien es cierto que algunos santos personajes parecen haber practicado ya la devoción del Rosario, no estaba difundida entre los fieles. Así, **San Benito** tenía la costumbre de honrar a Nuestra Señora con el rezo de *ciento cincuenta avemarías*, que eran como el *Salterio de Nuestra Señora*. Pero la difusión de esta devoción y su popularización entre los fieles se debe enteramente a la iniciativa de la Madre de Dios, que se la entregó a **Santo Domingo** como el medio

providencial para combatir la herejía albigense, más que con las armas, que habían resultado vanas. Por la predicación del Santo, por los prodigios obrados por el rezo del Rosario, esta devoción probó su origen celestial, y así fue adoptada universalmente por los fieles. A partir de ese momento el cielo aprovechó de toda circunstancia propicia para volver a inculcarla a los fieles:

- *Lo hizo a través del beato Alano de la Rupe, que en el siglo XV volvió a restablecer esta devoción, la cual había decaído por la negligencia de los fieles, y recibió por ello de la Virgen mil favores, entre ellos el de tomarlo por esposo.*
- *Luego, por medio de San Pío V, que contra el peligro turco movilizó a todos los cofrades del Rosario.*
- *Finalmente, vemos cómo en todas partes la Santísima Virgen la ha pedido en sus apariciones más autorizadas, tanto en Lourdes como en Fátima.*

2º Es también divino y celestial el origen de cada una de las oraciones que lo compone, especialmente el **Padrenuestro**, enseñado por Nuestro Señor mismo, y el **Avemaría**, venida del cielo a través del arcángel San Gabriel. Las palabras divinas son mucho más eficaces que las humanas, así que no es de admirar el poder que tiene una devoción compuesta por Dios mismo, y ofrecida a los hombres por la Santísima Virgen.

2º Excelencia del Rosario por su naturaleza.

La segunda excelencia le viene a toda cosa de su misma naturaleza, de su esencia, como se dice en filosofía. Ahora bien, ¿qué es el Rosario, esencialmente considerado, sino la contemplación de los misterios de Cristo, con la ayuda de la oración del Padrenuestro y del Avemaría?

1º *Es el Rosario una liturgia en pequeño.* Nada hay que santifique sino el misterio de Nuestro Señor Jesucristo, que es la santidad misma: «*Sólo Tú eres Santo*», decimos en el *Gloria* de la Misa. Todo lo que nos permite revivir el misterio de Nuestro Señor y asociarnos a El es santificador. Así, la Iglesia nos santifica continuamente mediante su liturgia, que es la contemplación de los misterios de su divino Esposo bajo la acción y asistencia del Espíritu Santo. Ahora bien, el Rosario es justamente eso mismo: la contemplación de los misterios de Cristo para animarse a vivirlos (ya que encontramos en él el modelo de todas nuestras virtudes) y pedir la gracia para lograrlo (ya que se suplica esta misma gracia en cada uno de ellos).

2º *Es por eso el Rosario el compendio de nuestra fe*, un resumen de todo nuestro Catecismo, un Credo en imágenes. En él se nos recuerdan las principales verdades: el pecado original, la Santísima Trinidad, la Encarnación, la Redención, la Resurrección de Jesucristo, la existencia del cielo, al que somos llamados, la Realeza de Cristo y de María, la necesidad del sufrimiento, de la oración, la malicia del pecado, el precio de nuestra alma...

3º *Es también el Rosario un resumen de la moral*, de todas las virtudes que hemos de practicar: la humildad, la caridad, la pobreza, la obediencia y la pureza,

la paciencia, la penitencia, la muerte al pecado, la fe, la esperanza, el amor a María... Pero lo que hace especialmente eficaz y fecundo este compendio de moral es que se nos dan ejemplos bien concretos, bien adaptados a nuestra vida, de cómo hemos de practicar esas virtudes: basta que consideremos cómo las practicaron Jesús y María, que son nuestros Modelos. El Rosario, además, nos concede las gracias necesarias para poder imitarlos.

4º Es finalmente el Rosario el Salterio de María. Para santificarnos, hemos de invocar a Dios. La invocación divina está contenida especialmente en los *150 Salmos*, que expresan los sentimientos del alma de Cristo intercediendo por nosotros. A este Salterio inspirado ha querido el cielo unir otras *150 Avemarías*, por las que nosotros invocamos a Cristo valiéndonos de la intercesión y de la mediación de Nuestra Señora. De modo que en esta oración no sólo nos santificamos por contemplar los misterios divinos, sino por observar el orden con que Dios quiere ser rogado. En el Rosario vamos a Dios a través de Nuestro Señor Jesucristo, «*por Nuestro Señor Jesucristo*», pero vamos a Nuestro Señor Jesucristo a través de María, «*a Jesús por María*». En el Rosario la Santísima Virgen aparece entonces como la Mediadora universal de todas las gracias.

3º Excelencia del Santo Rosario por sus frutos.

Un tercer medio o criterio de conocer la excelencia de una cosa es por sus frutos: «*Por sus frutos los conoceréis*», decía Nuestro Señor; esto es, si las apariencias engañan, no engañan los frutos: ellos son el medio infalible para reconocer lo que es cada cosa. También en esto, el Rosario prevalece sobre todas las demás devociones, después de la Santa Misa, por los favores copiosísimos y excelentísimos que Dios y María quieren concedernos a través de su rezo.

1º Bienes de orden espiritual. El Beato Alano de la Rupe, en un libro que escribió sobre las excelencias del Rosario, señala, entre los prodigios realizados por el Rosario de que él mismo fue testigo e instrumento, la conversión de personas vanas y mundanas a una vida fervorosa, mujeres perdidas devueltas a una vida cristiana; usureros que, por el rezo del Rosario, se hicieron liberales en limosnas; blasfemos infames corregidos de su torpe vicio; apóstatas de la religión y de la fe convertidos a ella; renegados de Dios y consagrados al demonio convertirse en celosos apóstoles de la verdadera religión; desesperados a causa de la enormidad de sus crímenes, amansados y vueltos al buen camino.

La Santísima Virgen prometió al mismo beato Alano de la Rupe: «*Quien rece piadosamente mi Rosario, meditando los misterios, se convertirá si es pecador; y si es justo lo haré crecer en gracia, será su consuelo y luz durante su vida y especialmente en la hora de su muerte; no morirá sin los sacramentos; lo libraré pronto del Purgatorio, y gozará en el cielo de una gran gloria*».

2º Bienes de orden temporal. En el orden de los bienes materiales, el mismo Beato Alano de la Rupe atestigua haber visto, como fruto del rezo del Rosario, cómo regiones hasta entonces estériles se volvían fértiles y fecundas; cómo lu-

gares en los que nadie podía permanecer a causa del mal aire, se hacían habitables desde que la gente del lugar adoptó la práctica del santo Rosario; cómo hombres y mujeres torturados por varias apariciones de espectros y demonios, se vieron librados por esta devoción; cómo príncipes enemistados entre sí hicieron las paces y se hicieron íntimos amigos. De modo que estos beneficios materiales, y otros parecidos de que puedan tener necesidad nuestras familias, se alcanzan de Dios por medio del rezo piadoso y en familia del santo Rosario.

Conclusión.

Como decíamos al principio, todo cristiano, sobre todo hoy en día, en la tormenta que le toca vivir a la Iglesia (y la Iglesia somos nosotros), debe aferrarse como nunca a las dos columnas que son las únicas garantías de salvación y de victoria. Y eso aunque no comprendamos por qué una devoción tan sencilla tenga tanto valor a los ojos de Dios.

Podríamos decir que estas dos devociones, la Santa Misa y el Rosario, son hoy los dos distintivos exclusivos de la Iglesia católica, son como dos *contraseñas por las que se reconocen los verdaderos católicos*. Basta que oigamos decir de alguien que ha conservado el rezo del Rosario, para entender enseguida que ha conservado la fe, la devoción a la Virgen, el deseo de imitar a Nuestro Señor, el amor de las virtudes cristianas.

Igualmente, *estas dos devociones son las únicas que no practican los herejes*. Son las únicas de que no podría valerse para hacer ecumenismo. Muchos tienen (supuestamente) la Biblia, el bautismo, la eucaristía, la fe en Cristo, etc. Pero sólo los católicos tienen el Rosario, y con el Rosario el amor a la Virgen, y con el amor a la Virgen la fe en su Mediación todopoderosa, y con su mediación la certeza de alcanzar la salvación.

Distingámonos, pues, por estas contraseñas que nos ha dado el mismo Cielo; valgámonos frecuentemente de ellas; y su uso fiel y constante nos hará penetrar en la contemplación de los misterios de Jesús y de María, y en la imitación de sus virtudes.

**“Prometo mi protección a los que recen mi Rosario;
yo los socorreré en todos sus males y necesidades,
y los defenderé contra el demonio.
Quien lo rece devotamente y con perseverancia
no se condenará”.**

La Santísima Virgen al Beato Alano de la Rupe